

decía que había pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas, dijo:

—Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fui á gobernar vuestra insula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo; ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco.

Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la insula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son pesó de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través, y ayer de mañana dejé la insula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella.

No he pedido prestado á nadie, ni metídomo en granjerías: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la insula sin otro acom-

pañamiento que el de mi rucio: caí en una sima, víneme por ella adelante, asta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan fácil, que á no depárame el cielo á mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo.

Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez días que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una insula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor Don Quijote, que en fin en él aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo menos: y para mí, como yo esté hartó, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices.

Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo, y el duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazólo la duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.



## CAPÍTULO LVI

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez.

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y más que aquel mismo día vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días; y finalmente, les encareció el asalto de la insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron.

Después desto cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada; y habiendo el duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con Don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote que no permitía la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohíbe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte.

Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado pues, el temeroso día, y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre ó hija demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habían visto ni oído decir en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto.

El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algún engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada.

De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambrado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo: de cada mano y pie le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del duque su señor de cómo se había de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir del primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno le encontrase.

Pasó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto á mirar á la que por esposo le pedía: llamó el maese de campo á Don Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con

Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho Don Quijote de la Mancha.

Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en ese tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto.

Fué condición de los combatientes que si Don Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de doña Rodríguez, y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfacción alguna.

Partióse el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, Don Quijote encomendándose de todo corazón á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazón de parte á parte; y pudo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

Digo, pues, que cuando dieron la señal de la arremetida, estaba nuestro lacayo trasportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad; y así no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apenas la hubo oído, cuando arremetió y á todo el correr que permitía Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces:

—Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros. Dios te dé la victoria, pues llevas la razón de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que quería, le dijo:

—Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora?

—Así es, le fué respondido.

—Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondría en gran cargo si pasase adelante en esa batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometía. El duque no sabía la ocasión por qué no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde doña Rodríguez estaba, y dijo á grandes voces:

—Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quijote, y dijo:

—Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense enhorabuena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El duque había bajado á la plaza del castillo, y llegando á Tosilos le dijo:

—Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os queréis casar con esta doncella?

—Sí, señor, respondió Tosilos.

—El hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur dálo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibese Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que aprisa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse aprisa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual Doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces, dijeron:

—Este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo; justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería.

—No vos acuitéis, señoras, dijo Don Quijote, que ni esta es malicia, ni es bellaquería: y si la es, no ha sido la causa del duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, envidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el

rostro de vuestro esposo en el deste que decís que es lacayo del duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo. El duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo:

—Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña; dilatemos el casamiento quince días si quieren, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rencor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones.

—Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos mandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso le han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodríguez:

—Séase quién fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que más quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es.

—En resolución, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformación. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes: bien así como los muchachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron Doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía ó por otra aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.



## CAPÍTULO LVII.

Que trata de como Don Quijote se despidió del duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desventurada

Altisidora, doncella de la duquesa.

Y A le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacían, y parecía que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un día licencia á los duques para partirse.

Diéronsele con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo:

—¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habían de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesoso, se mostrara ella desagradecida.

Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos.

En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pensaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron á verle.

Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del duque, el que fué la Trifaldí, le había dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabía Don Quijote.

Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa, que le miraban, alzó la voz la desventurada y discreta Altisidora, y en són lastimero, dijo:

Escucha, mal caballero,  
detén un poco las riendas,  
no fatigues las ijadas  
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes  
de alguna serpiente fiera,

sino de una coquerilla,  
que está muy lejos de oveja.

Tú has burlado, monstruo horrendo,  
la más hermosa doncella  
que Diana vió en sus montes,  
que Venus miró en sus selvas.

Críel Vireno, fugitivo Eneas,  
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas, llevar impío!  
n las garras de tus cerrras  
las entrañas de una humilde,  
como enamorada tierna.

Llévaste tres tocadores  
y unas ligas de unas piernas,  
que al mármol puro se igualan  
en lisas, blancas y negras.

Llévaste dos mil suspiros,  
que á ser de fuego, pudieran  
abrasar á dos mil Troyas,  
si dos mil Troyas hubiera.

Críel Vireno, fugitivo Eneas,  
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Dese Sancho tu escudero  
las entrañas sean tan tercas  
y tan duras, que no salga  
de su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes  
leve la triste la pena:  
que justos por pecadores  
tal vez pagan en mi tierra.

Tus más finas aventuras  
en desventuras se vuelvan;  
en sueños tus pasatiempos,  
en olvidos tus firmezas.